

LA TARDE

Año XXIV

Diario republicano

Número 6.375

FUNDADOR Y DIRECTOR: J. LÓPEZ BARNÉS : REDACCIÓN: AVENIDA DE LA ESTACIÓN

Martes 7 de Junio 1922

CALZADO SEGARRA

El mejor calzado para Caballero

(Cosido Goodyear)

18 PIS.
Y SE LIMPIAN GRATIS

TAMBIEN DE SEGARRA

Zapatos blancos para señoras, niños y caballeros desde 4 pesetas en adelante.

La Mayor producción de España

Depósito: CHSH MONTEL

C. LUCHS

LORCA

Agente de venta de la pistola
ASTRA



La Reglamentaria en el Ejército.—La Pistola que inspira confianza por su seguridad y TRIPLE seguro.—Carencia absoluta de encasquilamientos y de accidentes.—La mejor de todas para la defensa.

Se facilitan rápidamente documentación, licencia y guía, para las pistolas

“ASTRA”

Camino adelante

LA MUÑECA DE TRAPO

A Don Alejandro Lerroux

¿Hemos llegado hasta donde podíamos llegar? Seguramente que no. Aun descendemos un poco más que se descendió hasta ahora con ser tanto; aun nos queda que ver.

La venida de la República que tanto ansiábamos los republicanos, ha respondido admirablemente a las ansias con que era esperada por los que han venido luchando años y años por su advenimiento.

Leíamos hace unos días un discurso del señor Lerroux y en él decía entre otras cosas substanciosas... cuando con más dolor se pare, más se quiere al fruto del amor». La frase es muy bonita pero en nuestro sentir o es prematura o hay que hacer un milagro cuanto antes.

Visitábamos en una ocasión un manicomio, el del doctor Ezquerdo acompañado de uno de sus ayudantes.

Recorríamos el departamento de mujeres y mi acompañante que ya me había referido algunos casos origina-

rios de la locura de algunos reclusos, me paró ante una de las celdas ocupadas por una mujer ya entrada en años.

El aspecto de aquella habitación albergue de la infeliz demente, era muy simpático. Escasos muebles decoraban la salita, pero finos, elegantes. Al fondo una alcoba cuya puerta cubría un cortinaje blanco. En aquella habitación todo estaba ordenado perfectamente, todo limpio, era extremo el aseo.

Examinaba yo aquél recinto con curiosidad cuando describiéndose la cortina de la alcoba apareció una señora cuya edad no excedería de sesenta años. Porte distinguido, ni alta ni baja su estatura, ojos grandes con expresión melancólica, en un rostro ovalado en el que la demaciación y la palidez mostraban sus huellas. Un peinado alto, de moda pasada recogía su pelo gris cuidadosamente prolongando el óvalo de su semblante, haciéndonos recordar las figuras del Greco. Cubría su cuerpo una bata

ZAPATERIA

LA ECONÓMICA

Selgas 20. Casa Cristóbal
Zapatos para Caballero, color y

negro, a PESETAS

15, 16 y 17.⁵⁰

los de este último precio, Cosido Goodyear lo más selecto en su clase.

Corolarios

COROLARIO A PERROS

Las páginas de grabados de uno de los grandes rotativos españoles, traen varios informando del certamen canino celebrado en los jardines del Polo Jokey Club.

Realmente esto no es un motivo serio de información. La atracción por apasionamiento y la ocupación de los juiciosos y preocupados está en el centro, en la yema misma de la política nacional, melida hasta los codos en el mar revuelto de una reconstrucción, que, ya va para un año, tira hacia adelante, no con pereza, más sí con pies de plomo. «Chi va piano va sano.» (Quien anda despacio va seguro).

Cambemos, cronistas y plumíferos en general, de postura, mezclando lo útil y substancioso con lo frívolo.

Una exposición canina es tan interesante como si alguien, con capacidad organizadora y prestigios de mando, aprovechándose de las cualidades gregarias de la totalidad de los humanos, organizar a una exposición de hombres y... de mujeres. ¿Verdad que sería interesante? ¡Cómo se podrían lucir los canes, en este mundo al revés, exponiendo a sus dueños! «He aquí un perro viejo»—nos dirían presentando a cualquier «conchudo» curtido por todos cuatro costados. «Este es un legítimo perro ladrador»—aseverarían de otro. «Miren ustedes a esta «Fany», a esta falderilla, ducha en históricos mordisqueos. Todo esto, en verdad, fabuloso, y de mucha enjundia moral, más que divertido, aún siéndolo mucho, resultaría aleccionador. ¡Qué de perros falderos, que de hombres y damas duchos en perradas, cuanto chucho de raras y diversas cualidades!

Mas en estas divagaciones perrunas, inocentes y sin pizca de malicia, no puede, no debe, ni quiero que falte un nombre ilustre de la bohemia cá-

nida: «el Bigotes», que como obediendo a un conjuro, otro «ruín de Roma», acaba de presentarse ante la reja de mi escuela, magro, peludo, estilizado, largo como un greco; no en demanda de las rebañaduras y relieves de mi desayuno, sino fiel a la cita diaria con los pequeños escolares, de los que es buen amigo.

Las dos cuartillas de la diaria aportación mía a LA TARDE tocan a su fin. Aprovechemos el espacio precario que nos resta; presentemos a «el Bigotes». Este es el perro de todos los vecinos de la calle de «Alfonso el Sabio». Con nosotros comparte el pan; nadie le pide—¡porque es muy digno!—; de todos recibe. A muchos supuestos hombres, a muchas supuestas señoras, aplicaríamos nosotros, sin miedo a levantar un falso testimonio, aquellos versos de la letrilla gongoriana.

«Siembra en una artesaberros la madre, y sus hijas todas son perros de muchas bodas, y bodas de muchos perros».

pero bien nos cuidaremos de mezclar en estas causticidades a «el Bigotes»; porque aunque es un bohemio, y la bohemia ya está pasada de moda, nuestro perro es una personalidad tan considerable, tan digno de estimación y respeto, que no vacilaríamos en llevarlo a cualquiera olla de grillos, o a una de esas organizaciones oficiales, en que la vida se debate como entre perros y gatos. Llevado nuestro pequeño héroe callejero a burdel y a cota ros de ese filo,—creedme, la calle de «Alfonso el Sabio» lo avala—, se produciría ecuanime y honesto. Pero... sepan ustedes, mis amigos, que nuestro perro suele morder en caso necesario.

JOAQUIN MARTINEZ PERIER

negra que llevaba con admirable soltura.

Afable saludó al médico y dirigiendo hacia nosotros la mirada marcó una leve inclinación de cabeza.

—Lo esperaba a usted con impaciencia, doctor; mi eterna impaciencia... Pero la niña sigue bien. Pase usted, pase a verla.

Y aquella señora dirigió sus pasos hacia la alcoba.

El médico me dijo con la mirada que lo siguiera y en pos de él penetramos en el dormitorio.

Una cama en el centro de la habitación y a un lado del lecho, una cuna provista de su correspondiente mosquitera. La señora recorrió la sutil gasa. Sobre una almohada blanquísima adornada con encajes, reclinaba su linda cabecita morena y sonrosada una niña preciosa.

La señora la contempló con embelleso y después miró al médico y nos miró a nosotros con mirada inefable. El doctor sonreía levemente.

—Bien; la niña está bien. No hay que molestarla, dijo después.

Con exquisito cuidado fué corrida de nuevo la mosquitera.

Los tres regresamos a la salita. Ella radiante de alegría. El médico sonriendo siempre. Yo invadido por una impresión extraña. De asombro, de pena, de curiosidad, de impaciencia...

Ansiaba verme a solas con mi acompañante; que me explicara...

La loca requirió de nuevo al galeno antes que abandonáramos la celda:

—¿Verdad que la niña está bien, que su preciosa salud no corre peligro?

—Esé tranquila, señora, la niña está bien.

—¡Qué hermosa, doctor. que hermosa! La tan ansiada, la esperada tanto tiempo con indecible afán! ¡La niña de mi alma cuya venida al mundo tanto me hizo sufrir! Hay que preservarla de todo riesgo, de todo mal. Que sea tan buena como es hermosa es mi deseo. Que todos la quieran, que la adoren por buena, por justa, por sabia. Que la protejan, que la libren de los malos, de los traidores, de los perversos... de los hipócritas...

Salimos de la celda. Pronto nos encontramos en el jardín del manicomio.

—¿Pero esa mujer, doctor, esa mujer?...

—Una loca más, amigo mío. Pero su locura es pacífica, tranquila, ya lo ve.

—¿Pero el origen?..

—En su juventud, esa mujer tuvo una niña a quien adoró, por la que lo sacrificó todo. Su afán era que la niña sembrara el bien por el mundo; que todos la amaran, la respetaran. Un día, a poco de nacer, la niña desapareció misteriosamente. Cuanto se hizo para averiguar su paradero fué inútil. Esa pobre mujer enloqueció de dolor.

—¿Pero se ha vuelto a saber de la niña?

—Se dice, amigo mío, que fué raptada por una numerosa tribu de gi-